

El acertijo de la arquitectura neogótica en el Perú y la antigua hacienda Unanue de Cañete



Sandra Negro

Introducción

El Perú republicano de mediados del siglo XIX todavía se debatía políticamente en la incertidumbre propia de una república joven e independiente. El naciente Estado se vio coyunturalmente involucrado en seis escenarios bélicos entre 1821 y 1866, los que ralentizaron su consolidación como nación. Estos tuvieron un costo social considerable e implicancias directas en el debilitamiento financiero subsecuente, aunque sin alcanzar el horizonte de cargas económicas abrumadoras¹.

La explotación de nuevas e inimaginables riquezas no convencionales por entonces, generó un vuelco inesperado en la sociedad y finanzas decimonónicas. El aprovechamiento del guano y el cambio económico que este produjo, se debieron al aporte del científico Alexander von Humboldt, quien llevó consigo algunas muestras a Europa en 1802. El gobierno autorizó su libre extracción en 1830, con la finalidad de estimular la agricultura nacional. No obstante su uso fue restringido porque requería una experiencia paulatina de aplicación, ya que usado en exceso quemaba irremediablemente los cultivos. Fue recién a partir de 1840 cuando comenzó su exportación a Europa, generando ingentes ingresos para el Estado. Los beneficios se sintieron a partir de mediados de siglo, impulsando una economía solvente, perceptible en gran parte de los ámbitos de la sociedad peruana.

En el área rural dos cultivos tuvieron una significación económica de primer orden: el algodón y la caña de azúcar. El primero de ellos se vio favorecido por la Guerra de Secesión estadounidense (1861-65), que ocasionó su carestía en los mercados internacionales, en especial en las hilanderías inglesas. Esta situación –que se prolongó durante muchos años debido a la destrucción de las haciendas algodoneras y la quiebra económica dejada por la guerra– generó el aumento sostenido del precio, beneficiando a los agricultores ubicados principalmente en la costa central y sur del Perú, los que en una buena proporción habían reemplazado el cultivo de la vid por el algodón, ya que la producción de aguardiente de uva o pisco ya no resultaba rentable frente a la competencia de la destilación, menos costosa, del aguardiente de caña de azúcar. El cultivo de la caña fue el segundo en importancia económica. Este requirió de extensas obras de irrigación, que estuvieron aparejadas con la llegada de las primeras máquinas a vapor y la construcción de vías férreas para desplazar los productos finales a los puertos de embarque.

Si el guano abrió un paréntesis de prosperidad económica en el Perú, impulsando los monocultivos extensivos y la consolidación del latifundio, la explotación del salitre fue la que cerró este lapso de bienestar al generar el desencadenamiento de la Guerra del Pacífico. La divulgación en Europa de la noticia en torno a los ricos yacimientos de nitrato de sodio o salitre en la Pampa del Tamarugal (Tarapacá), se dio a partir de las observaciones realizadas por el naturalista francés Joseph Dombey, quien formaba parte de la expedición científica española de Hipólito Ruiz y José Pavón que visitó el Perú en 1778. La explotación apenas comenzó en 1820 y recién fue significativa una década más tarde. Al comenzar el último cuarto del siglo su rendimiento económico desató los apetitos descomedidos del Estado chileno interesado en explotar los yacimientos, sin reconocer los debidos pagos de derechos e impuestos acordados con Bolivia. El Perú, que había suscrito el Tratado de Alianza Defensiva con Bolivia, se vio involucrado en una situación que finalmente desembocó en una cruenta guerra que se extendió en toda la región entre 1879 y 1883.

Las consecuencias de esta guerra fueron desastrosas para el Perú, que se hallaba en ruinas. La reconstrucción fue lenta y llena de dificultades de toda índole. Sin embargo, a partir de la última década del siglo XIX el despegue económico se hizo efectivo, alentado una vez más por la agricultura

extensiva del algodón y la caña de azúcar, asociada cada vez más a las poderosas haciendas situadas en la costa. En las regiones andinas en cambio, el crecimiento estuvo orientado a la explotación de la ganadería ovina –productora de lanas– cuya comercialización generó la eclosión de importantes sociedades ganaderas. Paralelamente se desarrolló el campesinado parcelario comunero, que no logró una incidencia significativa en la economía nacional. Por otro lado, la minería comenzó a alcanzar sus primeros logros económicos sostenidos a partir de las primeras décadas del siglo XX².

A mediados del siglo XIX, la riqueza originada por la explotación del guano y el salitre, así como aquella derivada de la agricultura latifundista del algodón y el azúcar, generaron el florecimiento de una próspera burguesía. Ésta en gran medida se hallaba influenciada por las ideas originadas en Inglaterra y difundidas ampliamente a través de Estados Unidos de América, que las transmitió a los nacientes países que se desprendieron, con la independencia, de los virreinos ibéricos.

Entre dichas influencias se hallaba el hecho de considerar como indispensable para la formación intelectual de los jóvenes adinerados de la época antes de llegar a la edad adulta –determinada por el matrimonio y consecuentemente a la plena asunción de responsabilidades en el patrimonio familiar– la participación en un recorrido por varios países europeos, lo que por entonces era conocido como el Grand Tour.

Su valor primario residía tanto en tomar conocimiento del arte clásico greco-romano y las obras del Renacimiento, como en el acercamiento a la sociedad aristocrática europea. El periplo podía ser muy variado, pero generalmente se consideraban de visita obligada Francia, Italia y a veces Alemania. La duración podía abarcar desde algunos meses hasta varios años, dependiendo de las posibilidades económicas y disponibilidad de tiempo de cada persona. Las modas del momento hicieron variar el recorrido básico, para extenderlo hasta la India y Egipto, considerados en la época en el límite de lo exótico y desconocido.

Por entonces en Europa continental se vivía un auténtico delirio por el diseño neogótico, como reacción frente al neoclasicismo academicista. El movimiento había surgido en Inglaterra a mediados del siglo

XVIII, con la intención de generar una búsqueda teórica de los valores despreciados por los clasicistas. El origen de la arquitectura neogótica se retroalimentó de la literatura inglesa, que por entonces inició una narrativa de ficción fantástica, cuya primera obra fue la novela *El castillo de Otranto* (1765) de Horatio (Horace) Walpole, IV conde de Oxford. Esta evolucionó haciéndose más compleja hasta llegar a la última obra de este género, escrita por Charles Maturin y titulada *Melmoth el errabundo* (1815)³. Desarrollaba un discurso popular y fantástico, poblado de castillos y monasterios medievales –en ocasiones en ruinas– insertados en paisajes sombríos y poblados por oscuros y extraños personajes, monstruos, licántropos, demonios y fantasmas.

Horace Walpole no solamente fue un escritor, sino también se desempeñó como político y un arquitecto innovador⁴. En 1748 adquirió una pequeña casa del siglo XVII en Twickenham cerca de Londres, que por entonces se llamaba Chopped Straw Hall⁵. El nombre le resultó insufrible e insustancial, así que intentó hallarle uno nuevo. Lo encontró en unos documentos antiguos relativos a las tierras que rodeaban la vivienda; en ellos se referenciaba este paraje con el apelativo de “Strawberry Hill”⁶, nombre que de inmediato adoptó. Con el tiempo y la ayuda de sus dos amigos, el decorador John Chute (1701-1776) y el diseñador Richard Bentley (1708-1782), reconstruyó completamente la vivienda, ampliando la propiedad y el diseño de sus jardines de los 20,000 m² iniciales hasta alcanzar los 190,000 m². Fue la primera casa que, sin contar con un diseño o materiales constructivos medievales, fue reedificada por completo con formas y ornamentaciones góticas⁷. Esta propiedad fue la que generó el resurgimiento del arte gótico en Inglaterra. (fig. 1 y 2)

Hacia comienzos del siglo XIX, el entusiasmo romántico por lo medieval, se extendió por toda Inglaterra. Su difusión no conoció fronteras, llegando a Alemania y Francia donde se llevaron a cabo extensas intervenciones en edificios medievales, así como la edificación de inmuebles nuevos con el lenguaje arquitectónico de vanguardia, consolidando plenamente el “estilo neogótico”, como la arquitectura realizada a imitación de la gótica medieval. Estos diseños fueron colmadamente aceptados por la sociedad burguesa a partir de su difu-



sión, impulsada por dos de sus más fervidos representantes: el arquitecto francés Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc (1814-1879) y el sociólogo y crítico de arte británico John Ruskin (1819-1900).

La estética de la arquitectura neogótica en el Perú.

Esta corriente arquitectónica se extendió por diversos países de América Central y del Sur, a partir de mediados del siglo XIX, si bien su empleo estuvo circunscrito a edificios puntuales. En el Perú, las propuestas de diseños neogóticos comenzaron a ser edificadas a partir de la década de 1850-60. Este interés coincidió con los nuevos capitales generados por el comercio internacional y principalmente por la agricultura latifundista, que estimularon la consolidación de una alta burguesía, que se fue extendiendo paulatinamente en todo el país.

Se trata de una de las manifestaciones arquitectónicas menos estudiadas en el Perú hasta el presente. Las razones son varias y entre ellas podemos señalar que la historia de la arquitectura desarrollada entre 1800 y 1900 es una etapa escasamente investigada y aun menos documentada. El desarrollo de varios movimientos arquitectónicos en rápida sucesión y en ciertos casos de manera casi coetánea –tales como el neorrománico, neindigenista, neogótico, neoárabe (llamado también morisco, del anglosajón *moorish style*), neoplateresco, neocolonial, casas de inspiración Tudor, logias y patios neorrenacentistas italianos y



otros– ha llevado a los pocos estudiosos del tema a generalizaciones y ambigüedades que no delimitan ni cronológicamente, ni en propuestas arquitectónicas, la secuencia y dinámica de los movimientos arquitectónicos decimonónicos y su correlación con la historia nacional⁸.

Uno de los pocos investigadores en el tema ha sido el arquitecto José García Bryce, quien ha publicado un significativo número de artículos en torno a la arquitectura limeña del siglo XIX, sin profundizar nunca en el neogótico. Con frecuencia lo ha insertado de manera general en los “estilos pintoresquistas y exóticos”, dedicando unas escasas líneas al tema y afirmando que: “En Lima misma, hay o hubo ocasionales ejemplos del neogótico [...] pero mucho más acogida que el gótico tuvo en los suburbios la moda de la arquitectura de techos a dos aguas muy empinados y muros reforzados con madera de Inglaterra y el norte de Europa”⁹.

No deja de llamar la atención el amplio intervalo cronológico durante el cual en

Inglaterra, Londres, Twickenham. Strawberry Hill, casa neogótica construida por el arquitecto Horace Walpole en 1749.

Alemania, Baviera, Castillo de Neuschwanstein mandado a edificar por Luis II de Baviera en 1866. Fantasía romántica de muros y torres que pretendían armonizar con el paisaje del entorno. Fue la obra que en 1967 inspiró la construcción del castillo de Cenicienta en Disneyworld de Orlando, Florida, Estados Unidos de América.



Arequipa, Mollendo. Castillo Forga, edificado hacia 1908 por José Miguel Forga Salinger con el dinero heredado de su padre, un rico comerciante de lana de camélidos.

mayor o menor medida, elementos neogóticos formaron parte del lenguaje arquitectónico en el Perú. Su permanencia temporal fue extensa, si tomamos en cuenta que se trató de un movimiento que en el Perú no tenía un sustento ideológico o político concreto. Las primeras obras comenzaron apoyadas en el impulso económico generado por la explotación del guano y el salitre hacia 1860 y concluyeron hacia 1930. Su apogeo se sitúa entre 1890 y 1915 durante la reconstrucción de la posguerra del Pacífico. Hacia 1915 comenzó a verse paulatinamente desplazado por la arquitectura neocolonial que terminó imponiéndose de manera definitiva hasta mediados de la centuria (fig. 3 y 4).

Si bien en Europa los elementos clásicos del neogótico fueron el arco apuntado, las

vidrieras de colores y las bóvedas de crucería con arbotantes y contrafuertes, estos no fueron los elementos más reiterativos en la estética desarrollada en el Perú. Podemos señalar de manera general que se prefirieron los volúmenes densos y pesados, con frecuencia acompañados por torrecillas cilíndricas u octogonales en las que no fueron inusuales las estrechas saeteras decorativas. Los vanos reiteraron el empleo de los arcos apuntados con arcos trilobulados inscritos. Las superficies de las fachadas con frecuencia estuvieron recorridas por amplias bandas lombardas. Los bordes de los volúmenes solían estar coronados con almenas y merlones, lo que generó que muchas de las viviendas terminaran siendo equivocadamente identificadas como “castillos”. La decoración más permanente fueron las frondas y grumos formados por hojarascas.

El neogótico en el Perú influenció decididamente la arquitectura civil de las viviendas, llegando a superponerse a un elemento profundamente limeño como fueron los balcones cerrados. Existen varios casos documentados, entre los que mencionaremos los balcones originales de la Casa de Pilatos, cuyas ventanas estaban rematadas en arcos apuntados con arcos trilobulados inscritos, y una decoración de cuadrifolias en el tablero del antepecho¹⁰. La estética de este movimiento alcanzó la arquitectura rural de las haciendas, tanto en las viviendas principales, como en las instalaciones

Arequipa, antiguo hospital Goyeneche edificado entre 1905 y 1921. Fue gravemente afectado por los terremotos de 1958 y 1960, la capilla (edificio central) fue demolida en 1962 y actualmente de los edificios laterales solo se conserva el primer piso.



industriales, como ocurrió en la hacienda Lurifico en Chepén, Trujillo o el “castillo Forga” en Mollendo, Arequipa. Su permanencia permeó de tal manera la sociedad peruana, que surgieron diversos proyectos de iglesias y sedes religiosas con este lenguaje arquitectónico. Ni siquiera la muerte con su carga emotiva quedó exceptuada. Basta visitar el cementerio Presbítero Maestro de Lima para corroborar el empleo del neogótico en el diseño de mausoleos, criptas y nichos.

Cronología y propiedad de la casa principal en la antigua hacienda Unanue

De las edificaciones relativas al neogótico, merece especial atención la casa principal de la antigua hacienda Unanue en Cañete, debido a su temporalidad, diseño, ornamentaciones y empleo de materiales constructivos.

En relación a la fecha de su construcción, se ha afirmado de manera repetitiva que fue hacia 1843. Esta posibilidad merece ser acuciosamente investigada por diversas razones, que nos conducen a especular que la edificación debió llevarse a cabo probablemente algunos años más tarde. Entre tales motivos tenemos que su propietario, José Unanue de la Cuba –nieto de don Hipólito Unanue y Pavón– viajó a Europa en 1843. Ha sido frecuente señalar que Unanue se sintió profundamente impresionado con los “castillos” que poblaban las orillas del río Rin en Alemania.

Por entonces la arquitectura de varios países de Europa occidental estaba experimentando con la estética neogótica, bajo las influencias de Augustus Pugin (Inglaterra) y Georg von Hauberrisser (Alemania). Sin duda estos fueron los países donde arraigó con más fuerza. En el caso de Alemania es conocido su atavismo por el gótico, que sus arquitectos continuaron empleando tardíamente entre los siglos XIV al XVI, mientras que el resto de Europa por tales centurias se hallaba en pleno Renacimiento e iniciaba la ideología religiosa del Barroco. Para el Imperio Germánico el neogótico enfatizaba las identidades nacionales.

Si José Unanue de la Cuba viajó en 1843, no es probable que ese mismo año iniciara la construcción de la casa principal de la hacienda homónima en Cañete. Debía tomar tiempo conseguir el arquitecto idóneo, para desarrollar un proyecto que a todas

luces era un capricho arquitectónico de manifiesta escenografía teatral. El inicio de la obra debió situarse hacia 1860-70, siendo un proyecto pionero con este diseño en el Perú. La obra no pudo estar terminada para 1879 cuando estalló la Guerra del Pacífico. Entre las consecuencias del conflicto bélico ocurrió el sistemático desvalijamiento y destrucción por parte de la tropa chilena de las prósperas haciendas, en particular las situadas en la costa peruana. Esto nos hace reflexionar que de haber estado en construcción, se hallaba en la etapa inicial de las obras, ya que sus primorosas fachadas no habrían resistido el embate de un saqueo¹¹.

A partir de la última década del siglo XIX, en las extensas tierras de cultivo irrigadas a lo largo de todo el año por el generoso río Cañete, diversas haciendas algodoneras y cañeras protagonizaban un nuevo comienzo después de los difíciles años de la posguerra. Entre ellas se hallaban San Benito, La Quebrada –conocida también como San Juan Capistrano– Casablanca, Santa Bárbara, Montalbán, Arona y Unanue.

Las dos últimas haciendas, Arona y Unanue estuvieron históricamente vinculadas hasta finales del primer tercio del siglo XIX. En las postrimerías del siglo XVII, existía una hacienda azucarera en Cañete que llevaba el nombre poco usual de Matarratones. A mediados del siglo siguiente, fue adquirida por Agustín Hipólito de Landaburu y Rivera, acaudalado hombre de negocios quien optó por cambiarle el nombre al de San Juan de Arona. No sabemos cómo era la arquitectura de la vivienda principal por entonces, ya que hace falta una extensa investigación en los fondos documentales de archivo para intentar ubicar alguna información en torno a esta etapa de la propiedad.

La fortuna de Landaburu y Rivera no provenía solamente de la explotación de sus propiedades agrícolas, sino que además a partir de 1760 optó por financiar en Lima la construcción del coso del Haacho (o plaza de toros de Acho), que fue inaugurado en 1766. Su ingente fortuna y destacada posición en la sociedad limeña de entonces, hizo que concertara con don José Hipólito Unanue y Pavón la educación de su único hijo adolescente Agustín Leocadio.

Hipólito Unanue fue originario de Arica, trasladándose a Lima alrededor de 1777 para ingresar a la Universidad Nacional

Mayor de San Marcos, inclinándose por las ciencias naturales. Por entonces se dedicó plenamente a sus estudios, si bien en aquellos tiempos no era una especialidad económicamente muy promisoría. Se graduó como Bachiller en Medicina en 1783, prestando su juramento en 1786 e ingresando de inmediato como profesor en dicha universidad. Con el transcurrir del tiempo, Unanue se convirtió en un brillante médico, fundador de la Escuela de Medicina de San Fernando. También se desempeñó exitosamente como naturalista, meteorólogo, catedrático universitario, político y precursor de la Independencia. Aunque su esfera y vínculos profesionales y políticos habían cambiado profundamente, su nexa afectivo con la familia Landaburu nunca se interrumpió.

Retomando a don Agustín Hipólito de Landaburu y Rivera, tenemos que continuó gestionando económicamente la plaza de toros hasta su muerte. A partir de entonces se hizo cargo su viuda, doña Mariana de Belzunce y Salazar, con quien se había casado en segundas nupcias. Esta prosiguió administrando el coso de Acho, aconsejada por su propio hermano Juan José, quien siempre había mantenido buenas relaciones con el extinto, asesorándolo en sus negocios.

Al fallecer esta última, su hijo Agustín Leocadio Landaburu y Belzunce, heredó una sustancial fortuna y diversos bienes inmuebles. En la última década del siglo XVIII, tomó la decisión de dejar definitivamente el Perú para emigrar a España. Poco antes de partir el 20 de diciembre de 1799, hizo testamento y al no tener descendencia, dejó la mitad de sus bienes para ser repartidos entre las tres personas de mayor significado para él: su tío Juan José Belzunce y Salazar, Hipólito Unanue, su preceptor de la juventud y amigo entrañable, y su mejor amigo Matías Larreta. Tanto su tío, como su mejor amigo fallecieron antes que el testador. Por esta razón, Hipólito Unanue terminó heredando la mitad de los bienes de Landaburu y Belzunce. La otra fracción fue subastada públicamente, para pagar las deudas y obligaciones pendientes. En la subasta se presentó un único postor, quien declaró que adquiriría los bienes a nombre de Hipólito Unanue.

En 1801, Unanue tomó posesión de la propiedad que por entonces era conocida con el nombre de San Juan de Arona. Entre 1815 y 1817 compró en subasta pública las haciendas Pepián, Cerro Blanco e Isque de

Gómez. En 1826 y con poco más de 70 años de edad, el ilustre sabio decidió retirarse de la política e instalarse en la hacienda, cuya vivienda principal debió estar situada en San Juan de Arona y por lo tanto no era la que hoy conocemos con el apelativo de “castillo Unanue”. Si bien no ha sido posible de momento identificar con certeza los restos de la vivienda en la que pasó sus últimos años Hipólito Unanue, es probable que fuera la primera y temprana edificación, que luego de sucesivas modificaciones se transformaría en la casa principal de la hacienda Arona que ha llegado a nuestros días.

A la muerte de don Hipólito en 1833, la propiedad fue heredada por sus dos hijos José y Francisca. Esta última estaba casada con Pedro Paz Soldán y al heredar la mitad de la propiedad, los cónyuges decidieron renovar la antigua casa o quizás edificar una nueva vivienda principal. Años más tarde vivió allí el hijo de la pareja, Pedro Paz Soldán y Unanue, quien tomó el pseudónimo de *Juan de Arona*, en honor al nombre de la propiedad cuando su abuelo materno don Hipólito Unanue y Pavón la heredó de Landaburu y Belzunce (fig. 5).

La otra mitad de la propiedad pasó a ser administrada por su hijo y heredero José Unanue de la Cuba. Esta abarcaba además las tierras de las desmembradas haciendas de Pepián, Isque de Gómez y Cerro Blanco, así como las tierras del Guayabal que, en conjunto, se convirtieron en la vasta Hacienda Unanue. Al presente no hay información documentada acerca de la existencia de una vivienda en esta heredad.

En todo caso no debió ser arquitectónicamente importante, ya que José Unanue al retornar al Perú, imbuido de la arquitectura neogótica extendida por Europa occidental, consideró la idea de mandar a edificar la vivienda principal en su hacienda con este lenguaje arquitectónico por entonces poco conocido en el Perú y generador de un prestigio vanguardista. Mientras que su padre don Hipólito Unanue y Pavón, fue un científico y político dedicado a apoyar la consolidación de la naciente república peruana, su hijo entró a formar parte de la naciente aristocracia insertándose en el tejido social como un acomodado hacendado que vio sus finanzas y poder afianzados en el medio rural. La coronación de su prestigio fue poseer una casa única, de un lujo desconocido por entonces en las inmediaciones de Lima.



Arquitectura neogótica con aportes peruanos

Ante la ausencia de estudios sistemáticos en torno al tema, se ha recurrido a la simplificación teórica, afirmando que se trata de diseños eclécticos, con elementos de heterogéneas tradiciones y decoraciones, conjugados de manera antojadiza. La falta de referentes analíticos han sido llenados con recursos tales como las comparaciones formales extremas y erróneas (fig. 6 y 7).

La más frecuente en relación al “castillo Unanue” ha sido afirmar que su riqueza formal y ornamental lo hace solamente equiparable con el castillo del emperador Pedro IV de Brasil, cerca a Río de Janeiro. El error radica en que dicho inmueble no fue un palacio o un castillo, sino que se trataba de una edificación ubicada en la bahía de Guanabara, cerca a Río de Janeiro y diseñada por el ingeniero Adolfo José del Vecchio para el Ministerio de Hacienda. La finalidad era la de contar con un puesto aduanero en la isla Fiscal (o isla de las Ratas), para controlar el puerto de la ciudad. El diseño de ambos proyectos no tiene semejanza alguna, antes bien el diseño de la aduana de Fiscal ostenta algunas similitudes formales con el castillo Rospigliosi de Lima, mandado a edificar en 1929 supuestamente con la finalidad de brindar alojamiento al rey Alfonso XIII en su viaje a Lima, a quien Carlos Julio Rospigliosi conoció en su primer viaje a Europa.

Ha sido reiterativo afirmar que la casa principal de la hacienda Unanue fue edificada encima de un sitio arqueológico prehispánico, el cual debió ser de planta más

o menos cuadrada y quizás de forma piramidal trunca, lo que eventualmente facilitó disponer el desarrollo habitacional del “castillo” en un segundo nivel a 13.00 m. del suelo. Si bien se trata de una afirmación sugerente, desconocemos que exista una prospección arqueológica al respecto. El área total de la vivienda, tiene aproximadamente 1,200 m² incluyendo las galerías, lo que hace pensar en una pequeña pirámide de 100 m. de lado, cuyas estructuras inmediatas y complementarias hipotéticamente debieron ser terraplenadas. El área dedicada estrictamente a la vivienda principal, descontando el patio posterior y habitaciones de servicio alcanza los 600 m².

Esta plataforma –cualquiera haya sido su origen– era arquitectónicamente imprescindible para que el desarrollo de las cuatro galerías que rodeaban el núcleo central habitacional tuviese un impacto visual grandilocuente, destacando nítidamente por encima de los campos de cultivo. La propuesta del diseño, tanto a nivel espacial, como volumétrico, constructivo y ornamental, requirió necesariamente de la participación de un arquitecto y de uno o varios maestros en el arte de la yestería y la pintura teatral.

El acceso primordial estuvo orientado hacia el norte, mientras que el secundario fue al este. Traspasando el umbral del ingreso principal se accede a un vestíbulo de forma rectangular, que ostenta una concepción formal y ornamental neorrenacentista. Este espacio arquitectónico constituye el eje de simetría de una escalera de dos idas, cada una de ellas con forma de un medio

Hacienda San Juan de Arona. Es una antigua propiedad agrícola que se remonta al siglo XVII, si bien la vivienda neoclásica que ha llegado al presente debió ser edificada alrededor de 1840-50. Declarada Monumento Histórico Nacional el 28-12-1972.



*Cañete,
Hacienda
Unanue.
Frontispicio
de la casa
principal
con un eje
de simetría
perfecto.*

huso, cubiertas con una bóveda de medio cañón corrido con intradós de doble curvatura, resuelta en ladrillos asentados con calicanto.

Las dos idas de la escalera entregan en una amplia galería, que se extiende rodeando el núcleo habitacional en sus cuatro lados. Dicho núcleo está conformado por cuatro crujías paralelas, una de las cuales aloja un patio de distribución a las habita-

ciones complementarias y de servicio de la casa. Hacia el lado orientado al este, ha sido propuesta una crujía adosada en sentido perpendicular a las cuatro anteriores. En el interior de las crujías se organizaron las habitaciones con las funciones de salón, comedor o cuadra, estudio, salita de música, habitaciones de estar, cuartos para el descanso nocturno, cocina, despensa y otros. La decoración pictórica parietal interior re-

*Cañete,
Hacienda
Unanue.
Vestíbulo
de ingreso
desde donde
arranca una
doble escale-
ra en forma
de huso.
Ambas idas
convergen
en la galería
del segundo
nivel.*



toma los diseños neorrenacentistas de grecas, festones y cortinajes. La incorporación del neogótico está plasmada en los vanos que presentan arcos apuntados. Los batientes suelen ser rectangulares y dobles, de manera que la sobreluz está organizada decorativamente con arquillos trilobulados apuntados, con el cerramiento formado por vitrales coloreados.

El diseño organizado en crujías y el funcionamiento de las habitaciones y su correlación espacial, no tiene correspondencia alguna con las propuestas neogóticas europeas, que desarrollaron volúmenes densos perforados por estrechas ventanas, pero nunca con galerías abiertas. La solución planteada en Unanue tiene una clara filiación con los diseños de las viviendas principales de las haciendas en el Perú virreinal y republicano temprano –y aun tiene similitudes con las viviendas urbanas– a lo largo del siglo XVIII y primera mitad del XIX.

La galería que envuelve los cuatro lados del núcleo de las crujías tampoco es ajena a la arquitectura rural de la costa del Perú durante el siglo XVIII. A manera de ejemplo podemos señalar las viviendas principales de la antigua hacienda Buenavista en la desembocadura del río Lurín, de las haciendas San José y Larán en la cuenca del río Chíncha, la desaparecida casa de la hacienda Zá-

rate en el valle de Pisco, la cual colapsó con el terremoto de 2007 y la casa de la chacra Ríos, en el Cercado de Lima, demolida en 1969 con la finalidad de edificar un coliseo deportivo para el colegio Santa Isabel de Hungría.

Las fachadas externas que delimitan la galería, la que a su vez rodea las habitaciones de morada, son el elemento que tiene más estrecha vinculación con el neogótico. La galería tiene una anchura promedio de 4.50 m. y puede ser visualmente percibida desde varios cientos de metros a la redonda. Su cubierta es plana y formada por cuarterones de madera, que era la manera usada para techar en la arquitectura de morada durante los siglos XVI al XVIII. Hacia el exterior exhibe una arquería conformada por gráciles soportes de madera de sección hexagonal, con sencillos capiteles con astrágalo y collarino. El ábaco es muy simple y compuesto por molduras, dejando de lado la decoración vegetal de frondas. La mayor parte de los arcos que arrancan de los esbeltos pilares tienen formas carpaneles, cuya difusión en Europa se generalizó durante el gótico tardío, manteniendo su vigencia de manera aislada en el Renacimiento. En la fachada principal, podemos observar que los arcos carpaneles alternan con arcos apuntados

Cañete, Hacienda Unanue. Vestíbulo alto y entrega de las idas de la escalera. Los pilares son de telares de quincha y la bóveda es encamonada y de crucería estrellada.





Cañete, Hacienda Unanue. Cubierta de uno de los cuatro miradores dispuestos en las esquinas de la vivienda. Tienen planta octogonal con pilares hexagonales que sostienen una bóveda de crucería plana, encamionada y estrellada.

u ojivales, estos últimos de clara matriz medieval.

El elemento que refuerza volumétricamente la morfología neogótica de las fachadas, es la adición en cada una de las cuatro esquinas de la galería perimetral, de un mirador de planta octogonal, delimitado por la misma tipología de pilares de madera de sección hexagonal que sustentan sendos arcos apuntados. Por encima del entablamento ha sido adicionado un segundo cuerpo, donde se perforó un vano rectangular en siete de las ocho caras, el cual es simplemente ornamental, ya que nunca existió un acceso a este segundo nivel. La coronación de los miradores sugiere visualmente un camino de ronda apoyado sobre cartelas y rematado con almenas y merlones.

Las bóvedas estrelladas planas de planta octogonal que coronan el primer nivel de los cuatro miradores, se repiten en las dos bóvedas que cubren cada uno de los tramos de la entrega de las dos idas de la escalera y en el tramo intermedio de llegada. La diferencia es que aquí se trata de plantas elípticas, que si bien mantienen el diseño estrellado de las nervaduras, cuentan con la adición de un rosetón central con paños vidriados de colores verde y ocre. Por último, esta bóveda fue propuesta en la terraza que se edificó encima del vestíbulo de

ingreso, de modo tal que la fachada principal proyecta un sólida volumetría, aligerada con el empleo de agujas neogóticas decoradas con frondas estilizadas. Esta bóveda está sustentada en pies derechos de madera revestidos con paneles de quincha hasta generar visualmente sendos pilares encamionados. Aquí la bóveda es una vaída estrellada de crucería, que a la vez estructuralmente es falsa o encamionada (fig. 8 y 9).

Lo que resulta un aporte significativo son los materiales constructivos empleados, que la hacen única en su género, ya que fusionó el uso de ladrillos y calicanto con materiales vernáculos y tradicionales tales como los adobes y la quincha. Por esta razón, si bien es una vivienda de diseño foráneo, su construcción a nivel de planta, distribución de los espacios, funcionamiento, así como materiales y técnicas constructivas la sitúan como un caso excepcional de arquitectura neogótica peruana.

El material constructivo utilizado en los muros ha sido el adobe, mientras que en los sectores de exigencia estructural se emplearon los ladrillos. También ha sido frecuente que los cerramientos de las habitaciones hayan sido resueltos con paneles dobles de quincha. Gran parte de los pilares son encamionados o falsos. Las bóvedas de

crucería no son tales a nivel estructural y solamente ambicionan generar una ilusión visual. Algo similar ocurre con el almenado, que recorre toda la coronación del edificio, el cual ha sido solucionado con una estructura de cañas revestidas con yesería.

Toda esta arquitectura encamionada, que toma aquí ribetes fantásticos y ostentosos, constituye una herencia de la arquitectura barroca virreinal regional. Una vez más podemos determinar que el arquitecto que la diseñó, tenía conocimientos vinculados con la tecnología empleada en las regiones costeras del Perú desde principios del siglo XVII, las mismas que fueron aprehendidas de la extensa tecnología constructiva milenaria del Perú antiguo. La mano de obra local tuvo sin duda la habilidad heredada durante generaciones, en relación al trabajo con las cañas, carrizos, tiras de huasca, clavazones diversas y obras en arcilla y yesería.

Las ornamentaciones pictóricas exteriores logran el efecto visual deseado de una volumetría medieval trasplantada en la campiña cañetana. Los muros del núcleo habitacional han sido pintados con un almohadillado de bloques cuadrados, organizados en franjas diagonales. Los bordes tienen dibujadas varias molduras, las cuales gracias al empleo de tonalidades claras y oscuras, así como el pintado de las sombras proyectadas, generan una sensación óptica de tridimensionalidad a partir de una representación gráfica bidimensional.

En la franja de unión entre la pared y los cuartones o vigas que techan la galería, fue pintada una banda lombarda, la cual exhibe arquillos apuntados trilobulados. La técnica del trampantojo (o trompe l'oeil) utilizada es extraordinaria, considerando el tiempo y el lugar, ya que produce un falso efecto de profundidad muy bien logrado.

Esta solución pictórica se extiende en todo el primer nivel de la vivienda, en esa suerte de plataforma compacta solamente interrumpida por algunas saeteras dispuestas en ritmos simétricos. Aquí también en el borde superior se repite la banda lombarda pintada, mientras que en el resto de la superficie se ha recurrido al empleo de un almohadillado en planchas con diseños delineados y pintados representando puntas de diamante, que logran un espléndido efecto ilusorio de solidez y densidad.

Como ocurría con toda vivienda principal de una hacienda, ya fuera en los siglos del Virreinato o en la primera centuria de la República, esta debía contar necesariamente con un espacio para el culto, ya que al hallarse en medio de la campiña las iglesias quedaban a una distancia considerable. En este caso la capilla se dispuso en el primer nivel, debajo de la galería orientada hacia el sur, lo que habría obligado a usar una parte de la supuesta pirámide prehispánica.

Si descontamos el área ocupada por la capilla, el área de la escalera de dos idas y desarrollo curvo, y las áreas octogonales ocupadas por los cuatro miradores esquineros, la pirámide conjeturada como relleño para ganar altura debió ser muy pequeña. Todo ello se orienta hacia la necesidad de un trabajo arqueológico para dilucidar la conformación de esta plataforma.

Dicha capilla cuenta con un segundo ingreso abierto al oeste. Se trata de un espacio rectangular alargado con una única nave estrecha. El presbiterio está separado de la nave mediante un arco triunfal apuntado. Actualmente el muro testero carece de retablo y desconocemos si alguna vez lo tuvo. La necesidad de contar con un coro para los músicos en los días de celebraciones religiosas, hizo que la solución pasara por estructurar un entrepiso a los pies de la nave, lo suficientemente elevado del suelo para facilitar el tránsito de los fieles debajo del mismo. En el lado del evangelio fue propuesta una pequeña sacristía, la misma que tuvo acceso directo desde un vano abierto hacia el oeste. Una vez más, esta solución arquitectónica de colocar la capilla en uno de los espacios colaterales al núcleo de habitaciones de uso familiar, es una solución proveniente de la arquitectura barroca rural, de la cual existen varios ejemplos en las casas principales de las haciendas en los alrededores de Lima y en los valles al sur de la capital.

La casa principal contaba además con un traspatio a nivel del suelo, pero a desnivel con respecto al núcleo de habitaciones de la vivienda. En los lados orientados al este y norte, se dispusieron habitaciones para la servidumbre de la vivienda y también para aquellas labores propias de un espacio de servicio. El lado hacia el sur es el muro límite del "castillo", mientras que en el sector hacia el oeste se desarrolló el núcleo de las



Cañete, casa principal de la hacienda Unanue. Celebración de Fiestas Patrias en 1924.

habitaciones principales de la casa y la galería perimetral envolvente.

La propiedad contaba originalmente con un jardín botánico, los que fueron muy escasos en el Perú de finales del siglo XIX y principios del XX. Evidentemente este es un importante rasgo neogótico trasmutado desde Europa hasta el valle de Cañete. La arquitectura inglesa y alemana de esta etapa dio una importancia muy grande al diseño de los jardines, incluyendo laberintos formados por arbustos recortados, macizos y parterres cuidadosamente diseñados en los que merodeaban pavos reales y estanques de agua o pequeños lagos con peces dorados, donde nadaban cisnes considerados como animales que proyectaban el refinamiento de la época.

El jardín en la antigua hacienda Unanue no fue un espacio natural con un paisaje que sugiriera infinitud, ya que no era posible en el medio geográfico y social del momento. No obstante, se organizó en una amplia área rectangular, orientada hacia el este. Allí se diseñó un jardín con palmeras, nogales, pinos y alcornoques, rodeados de abundantes arbustos de magnolias. Allí habitaba una fauna formada por pavos reales, alpacas traídas desde Huancavelica,

faisanes y gansos. Había además un estanque con peces de colores tornasolados y dorados, en cuyo contorno se cobijaban las tortugas. Este jardín sin duda era el complemento perfecto para esta vivienda que se hallaba entre la quimera y la materialidad.

Del conjunto de leyendas urbanas que se entretajan con todo aquello que resulta difícil de comprender o de decodificar, tenemos el de los túneles subterráneos que se afirma con ligereza se desplazaban por kilómetros debajo de los suelos arenosos, sin ventilación natural alguna más allá de las bocas de los mismos. En el caso de la vivienda principal de la hacienda Unanue se afirma que en ella había tres túneles, de los cuales uno conectaba con la hacienda Montalbán situada a 3 km. de distancia, otro supuestamente se comunicaba con la hacienda Arona distante 5 km. y de allí proseguía hasta la playa de Cerro Azul a 10 km. de distancia. El último de los túneles según se afirma a nivel popular conducía hasta la playa de Cochahuasi situada a una distancia de 3 km.

La prueba de su existencia se sustenta en los accesos celados en los pisos del núcleo de habitaciones de la casa principal. Resulta imposible que estos espacios

subterráneos, techados con bóvedas de ladrillo, sirviesen para desplazarse de una hacienda a otra. El costo de su construcción no estaba justificado y además implicaba el imprescindible diseño de ductos de ventilación cada cierto tramo, así como considerar la pendiente necesaria para evitar la acumulación de líquidos y otras varias dificultades complejas o por lo menos muy costosas de sortear. Naturalmente que la imaginación popular tiende a desbordarse con facilidad y las fábulas más alambicadas y tenebrosas tienen el éxito asegurado. Los espacios en forma de pasajes y habitaciones en la plataforma del primer nivel de la vivienda, debieron tener una función utilitaria,

como aquellos que fueron construidos a finales del siglo XVIII en la casa principal de la hacienda San José de Chíncha.

La Reforma Agraria implementada en 1971, expropió las tierras y los inmuebles de la antigua hacienda Unanue a sus propietarios de entonces, el señor Juan Antonio Rivero Tremouille y su esposa doña Margarita Larrabure y Correa. En una abierta contradicción, la misma Junta Militar de Gobierno, presidida por el General Juan Velasco Alvarado, la declaró Monumento Histórico Nacional el 28 de diciembre de 1972, por

constituir un testimonio de la antigua prosperidad del país. Lo que no se hizo ni entonces, ni a lo largo de cuatro décadas de abandono, es que el Estado asuma su responsabilidad de implementar los fondos necesarios para la formulación de los lineamientos para la conservación, tutela y puesta en valor, de esta y otras tantas propiedades rurales que simplemente desaparecen frente a nuestros ojos. La apatía y el desinterés por el rico patrimonio cultural del Perú es una de las mayores e inexplicables paradojas en la vida nacional. ■



Notas

- 1 BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú 1822-1933*, tomos 8 y 9. Lima: Lumen, 1970.
- 2 YEPES DEL CASTILLO, Ernesto. Los inicios de la expansión mercantilista en el Perú (1890-1930). En: *Historia del Perú*. Tomo VII, 1980, pp. 305-396
- 3 BRIGGS, Julia. *Night Visitors: The Rise and Fall of the English Ghost Story*. Londres: Faber 1977.
- 4 MOWL, Timothy. *Horace Walpole: The Great Outsider*. Londres: Murray, 1998.
- 5 El nombre puede ser traducido culturalmente como "casa de paja triturada".
- 6 El nombre puede ser traducido culturalmente como "colina de la fresa".
- 7 CALLOWAY, Stephen, Michael Snodin y Clive Wainwright. *Horace Walpole and Strawberry Hill*. Orleans House Gallery: Richmond upon Thames, 1980.
- 8 Al presente el número de inmuebles que todavía se conservan a nivel nacional superan los cincuenta, habiendo desaparecido por lo menos una cantidad igual durante el último siglo.
- 9 GARCÍA BRYCE, José. La arquitectura en el virreinato y la república. En: *Historia del Perú*, tomo IX. Lima: Mejía Baca, 1982, p.137-138. El autor concentró sus investigaciones principalmente en la arquitectura de Lima, siendo pocos sus trabajos de otras regiones del Perú.
- 10 La Casa de Pilatos es hoy sede del Tribunal Constitucional del Perú. No se ha documentado en qué año los balcones originales cerrados fueron reemplazados por otros de diseño neogótico. El terremoto de 1940 los dejó seriamente afectados, razón por la cual algunos años más tarde fueron desmontados. Una comisión integrada por los arquitectos Rafael Marquina, Héctor Velarde, José García y Víctor Pimentel evaluaron la necesidad de reponer los balcones con un diseño que se acercara al original.
- 11 Esta reflexión tiene su correlato en las narraciones hechas por su tataranieta, Eugenio Alarco Larrabure, en una entrevista aparentemente realizada en el año de 1999, la cual si bien está publicada reiterativamente, nos ha resultado imposible ubicar la fuente original. En ella Alarco sostiene que a José Unanue de la Cuba le tomó sesenta años para hacer realidad su sueño de tener la residencia más suntuosa de la costa peruana y que compró provenientes de un castillo en Baviera (Alemania), un conjunto de muebles, rejas, ventanas, mármoles y otros muchos objetos, que trajo al Perú en buque, desembarcando directamente en el muelle de Cerro Azul.
- 12 Proclamada la Independencia del Perú por San Martín en 1821 e instalado el Protectorado, Unanue se desempeñó como ministro de Hacienda (1821-22). Fue diputado por Puno e integró el primer Congreso Constituyente del Perú, cuya presidencia ejerció entre 1822 y 1823. Bajo el gobierno de Bolívar fue ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores (1824), ministro de Hacienda (1824-25) y nuevamente ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores (1825). Ejerció la vicepresidencia del Consejo de Gobierno, cuando en abril de 1825 Bolívar emprendió su gira al sur. En 1826 fue nombrado ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, pero tras la partida de Bolívar se retiró de la política activa, instalándose en su casa de la hacienda Arona en Cañete.